

—Te uban... Batasal, te uban, te uban—be-
rreó Nisita cruzando sus manos pringosas.

—Que suban, hombre, veremos si son gua-
pas—confirmó Borrén.

Lola de esta vez no necesitó que le reitera-
sen la orden. Ya estaba bajando las escaleras
dos á dos.

V

VILLANCICO DE REYES

No tardaron en resonar pisadas en el corre-
dor; pisadas tímidas y brutales á la vez, de
piés descalzos ó calzados con zapatos rudos. Al
mismo tiempo las panderetas repicaban débil-
mente y las castañuelas se entrechocaban bajito
como los dientes del que tiene miedo... Doña
Dolores se incorporó con el entrecejo desapa-
ciblemente fruncido.

—Esa Lola... ¡Pues no las trae aquí mismo!
¿Por qué no las habrá dejado en la antesala?
¡Bonita me van á poner la alfombra! ¡A ver si
os limpiáis las suelas antes de entrar!

Hizo irrupción en la sala la orquesta calleje-
ra; pero al ver las niñas pobres la claridad del
alumbrado, se detuvieron azoradas, sin osar
adelantarse. Lola, cogiendo de la mano á la que
parecía capitanear el grupo, la trajo, casi á la
fuerza, al centro de la estancia.

—Entra, mujer... que pasen las otras... A ver
si nos cantáis aquí los mejores villancicos que
sepáis.

Lo cierto es que la viva luz de las bujías, tan

propicia á la hermosura, patentizaba y descubría cruelmente las fealdades de aquella tropa, mostrando los cutis cárdenos, fustigados por el cierzo; las ropas ajadas y humildes, de colores desteñidos; la descalcez y flacura de piés y piernas; todo el mísero pergeño de las cantoras. Entre éstas las había de muy diversas edades, desde la directora, una ágil morenilla de catorce, hasta un rapaz de dos años y medio, todo muerto de vergüenza y temor, y un mamón de cinco meses, que por supuesto venía en brazos.

—¡Hombre!—exclamó Borrén al ver á la morena. — ¡Pues si es la chiquilla del barquillero! Somos conocidos antiguos, ¿eh?

—Sí, señor...—contestó ella intrépidamente. —La misma. Y yo le conocí á V. también. Es V. el que estaba en las Filas el año pasado un día de fiesta.

Como para los pobres suele no haber estaciones, Amparo tenía el mismo traje de tartán, pero muy deteriorado, y una toquilla de estambre rojo era la única prenda que indicaba el tránsito de la primavera al invierno. A despecho de tan mezquino atavío, no sé qué flor de adolescencia empezaba á lucir en su persona; el moreno de su piel era más claro y fino, sus ojos negros resplandecían.

—¿Qué tal, eh?—murmuró Borrén volviéndose hacia Baltasar y Palacios. Esto empieza á picar como las guindillas... Miren Vds. para aquí.

Y tomando un candelero lo acercó al rostro de la muchacha. Como Baltasar se había aproxi-

mado, sus pupilas se encontraron con las de Amparo, y ésta vió una fisonomía delicada, casi femenil, un bigotillo blondo incipiente, unos ojos entre verdosos y garzos que la registraban con indiferencia. Acordóse, y sintió que se le arrebatada la sangre á las mejillas.

—El señorito del paseo—balbució.—También me acuerdo de V.

—Y yo de ti, niña bonita—respondió él, por decir algo.

—¿Quiere V. poner el candelero en su sitio, Borrén?—interpeló Josefina con voz aguda.—Me ha manchado V. todo el traje.

—¡Mire V. qué graciosa es ésta, hombre!—advirtió Borrén señalando á Carmela la encajera, que tenía los ojos bajos.—Algo descolorida... pero graciosa.

—¡Calle!—dijo la viuda de García... ¿Tú por aquí? Me llevarás mañana un pañuelo imitando Cluny...

—¡La de las puntillas!—exclamó Doña Dolores.—¡Buena pieza! Ahora las hacéis muy mal, tú y tu tía... Ponéis hilo muy gordo.

—¡Se ve tan poco... los días son tan cortos! Y tiene una las manos frías; en hacer una cuarta de puntilla se va una mañana. Casi, descontando lo que nos cuesta el hilo, no sacamos para arrimar el puchero á la lumbre...

Entre tanto Nisita se iba abriendo camino al través de piernas y sillas, hasta acercarse á la niña de ocho años que llevaba en brazos alorro.

—Un tiquito... un tiquito—gritaba la rubilla

mirándole compadecida y embelesada. — Amelo.

—No podrás con él — respondía desdeñosamente la niñera.

—Le oy teta — argüía Nisita haciendo el ademán correspondiente al ofrecimiento.

—¿Quién os enseñó á cantar? — preguntó á la encajera la viuda de García.

—Enseñar, nadie... Nos reunimos nosotras. Tenemos un libro de versos.

—¿Y andáis por ahí divirtiéndoos?

—Divertir, no nos divertimos... hace frío — contestó Carmela con su voz cansada y dulce.

—Es por llevar unos cuantos reales á la casa.

—¡Mamá, Osepina, Loló! — vociferaba la rubilla. — Un tiquito, un nino Quetús. Mía, mía.

Todos se volvieron y divisaron á la infeliz oruga humana, envuelta en un mantón viejísimo, con una gorra de lana morada, que aumentaba el tono de cera de su menuda faz, arrugada y marchita como la de un anciano por culpa de la mala alimentación y del desaseo. Sus ojuelos negros, muy abiertos, miraban en derredor con vago asombro, y de sus labios fluía un hilo de baba. La viuda de García, que era bonachona, lanzó una exclamación que corearon las niñas de Sobrado.

—¡Jesús...! angelito de Dios... tan pequeño, por esas calles y con este día. ¿Pero qué hace su madre?

—Mi madre tiene tienda en la calle del Castillo... Somos siete con éste, y yo soy la mayor... — alegó á guisa de disculpa la que llevaba la criatura.

—¡Jesús!... ¿Pero cómo hacéis para que no lllore? ¿Y si tiene hambre?

—Le meto la punta del pañuelo en la boca para que chupe... Es muy listito; ya se entretiene mucho.

Riéronse las niñas, y Lola tomó al nene en brazos.

—¡Qué ligero! — pronunció. — ¡Si pesa más la muñeca grande de Nisita!

Pasó de mano en mano el leve fardo, hasta llegar á Josefina, que lo devolvió á la portadora muy de prisa, declarando que olía mal.

—No ven el agua ni una vez en el año — decía confidencialmente á su cuñado Doña Dolores — y salen más fuertes que los nuestros. Yo, matándome, y sin poder conseguir que esa Lola se robustezca.

Amparo observaba la sala, el piano de reluciente barniz, el menguado espejo, las conchas de Filipinas y aves disecadas que adornaban la consola, el juego de café con filete dorado, los trajes de las de García, el grupo imponente del sofá, y todo le parecía bello, ostentoso y distinguido, y sentíase como en su elemento, sin pizca ya de cortedad ni de extrañeza.

—¿Y tú, qué haces, señorita de Roséndez? — interrogó Baltasar. — ¿Andar de calle en calle canturreando? Bonito oficio, chica; me parece á mí que tú...

—¿Y qué quiere que haga? — replicó ella.

—Encajes, como tu amiguita.

—¡Ay! No me aprendieron.

—¿Pues qué te aprendieron, hija? ¿Coser?

- ¡Bah! Tampoco. Así, unas puntaditas...
- ¿Pues qué sabes tú? ¿Robar los corazones?
- Sé leer muy bien y escribir regular. Fui á la escuela, y decía el maestro que no había otra como yo. Le leo todos los días *La Soberanía Nacional* al barbero de enfrente.
- Pusiste una pica en Flandes. ¿No sabes más?
- Liar puros.
- ¡Hola! ¿Eres cigarrera?
- Fué mi madre.
- Y tú, ¿por qué no?
- No tengo quien me meta en la fábrica... Hacen falta empeños.
- Pues mira, casualmente este señor puede recomendarte... Oiga V., Borrén, ¿no es V. primo del contador de la Fábrica? diga V.
- ¡Hombre! es cierto. Del contador no, pero de su señora... Es murciana: somos hijos de primos hermanos.
- ¡Magnífico! Dile tu nombre y tus señas, chica.
- Sí, hija... se hará lo posible, ¿eh? Por servir á una morena tan sandunguera... Vas á valer más pesetas con el tiempo... Hombre, ¿no repara V., Baltasar, lo que ganó desde el año pasado?
- Mucho más guapa está—declaró Baltasar.
- ¿Pero estas chiquillas no cantan?—interrumpió con dureza Josefina García.—¿Han venido aquí á hacernos tertulia? Para eso, que se larguen. No se ganan los cuartos charlando.
- ¡A cantar!—contestaron resignadamente todas; y al punto redoblaron las castañuelas,

repiquetearon los panderos, rechinaron las conchas, exhaló su estridente nota el triángulo de hierro, y diez voces mal concertadas entonaron un villancico:

«Los pastores en Belén
 Todos á juntar en leña
 Para calentar al Niño
 Que nació en la Noche-Buena...»

Y al llegar al estribillo:

«Toquen, toquen rabeles y gaitas,
 Panderetas, tambores y flautas...»

se armó un estrépito de dos mil diablos: chillaban y tocaban á la vez, con ambas manos, y aun hiriendo con los piés el suelo. Hasta el rorro, asustado por la bulla ó desentumecido por el calor y vuelto á la conciencia de su hambre, se resolvió á tomar parte en el concierto. Las niñas de Sobrado y García, locas de regocijo, se asieron de las manos y empezaron á bailar en rueda, con las trenzas flotantes y volanderas las enaguas. Nisita, igualitaria como nadie, cogió al parvulillo de dos años y lo metió en el corro, donde la pobre criatura hubo de danzar mal de su grado, soltando á cada paso sus holgadas babuchas. Borrén, por hacer algo, jaleó á las bailadoras. Aprovechando un momento de confusión, Lola se escurrió y volvió trayendo en la falda del vestido una mescolanza de naranjas, trozos de piñonate, almendras, bizcochos, pasas, galletas, relieves de la mesa amontonados á escape, que comenizó á distri-

buir con largueza y garbo. Doña Dolores saltó hecha una furia.

—Esta chiquilla está loca... me desperdicia todo... cosas finas... ¡y para quién! ¡Vean Vds.!... ¡Con una taza de caldo que les diesen!... ¡Y el vestido... el vestido azul estropeado!...

Diciendo lo cual, se aproximó disimuladamente á Lola y le apretó el brazo con ira. Baltasar intercedió una vez más: era su santo, un día en el año. Sobrado padre tartamudeó también disculpas de su hija, á quien quería entrañablemente; y Borrén, siempre obsequioso, acabó de repartir las golosinas. Carmela, la encajera, y Amparo, rehusaron con dignidad su parte; pero la chiquillería despachó su ración atragantándose en las mismas barbas de doña Dolores, que consumó la venganza dando por terminados los villancicos, y poniendo en la escalera á músicos y danzantes.

VI

CIGARROS PUROS

Hizo Borrén, en efecto, la recomendación á su prima, que se la hizo al contador, que se la hizo al jefe, y Amparo fué admitida en la Fábrica de cigarros. El día en que recogió el nombramiento, hubo en casa del barquillero la fiesta acostumbrada en casos semejantes, fiesta no inferior á la que celebrarían si se casase la muchacha. Mandó la madre decir una misa á Nuestra Señora del Amparo, patrona de las cigarreras; y por la tarde fueron convidados á un asiático festín el barbero de enfrente, Carmela, su tía, y la señora *Porreta* la comadrona: hubo empanada de sardina, bacalao, vino de Castilla, anís y caña á discreción, rosolí, una enorme fuente de papas de arroz con leche.

Privado de la ayuda de Amparo, el barquillero había tomado un aprendiz, hijo de una lavandera de las cercanías. Jacinto, ó *Chinto*, tenía facciones abultadas é irregulares, piel de un moreno terroso, ojos pequeños y á flor de cara; en resumen, la fealdad tosca de un villano feudal. Sirvió á la mesa, escanció, y fué la diver-

sión de los comensales, por sus largas melenas, semejantes á un ruedo, que le comían la frente; por su faja de lana, que le embastecía la ya no muy quebrada cintura; por su andar torpe y desmañado, análogo al de un moscardón cuando tiene las patas untadas de almíbar; por su puro dialecto de las Rías Saladas, que provocaba la hilaridad de aquella urbana reunión. El barbero, que era *leído*, *escrito* y muy *re-dicho*; la encajera, que la daba de fina, y la comadrona, que gastaba unos chistes del tamaño de su panza, compitieron en donaire burlándose de la rusticidad del mozo. Amparo ni le miró: tan ridículo le había parecido la vispera cuando entró llorando, trayéndole medio á rastra su madre. Carmela fué la única que le habló humanamente, y le dijo el nombre de dos ó tres cosas, que él preguntaba sin lograr más respuesta que bromas y embustes. Así que todos manducaron á su sabor, echaron las sobras revueltas en un plato, como para un perro, y se las dieron al labrieguito, que se acostó harto, roncando formidablemente hasta el otro día.

Amparo madrugó para asistir á la Fábrica. Caminaba á buen paso, ligera y contenta como el que va á tomar posesión del solar paterno. Al subir la cuesta de San Hilario, sus ojos se fijaban en el mar, sereno y franjeado de tintas de ópalo, mientras pensaba en que iba á ganar bastante desde el primer día; en que casi no tendría aprendizaje, porque al fin los puros la conocían, su madre le había enseñado é involucrarlos, poseía los heredados chismes del oficio:

y no la arredraba la tarea. Discurriendo así, cruzó la calzada y se halló en el patio de la Fábrica, la vieja *Granera*. Embargó á la muchacha un sentimiento de respeto. La magnitud del edificio compensaba su vetustez y lo poco airoso de su traza; y para Amparo, acostumbrada á venerar la Fábrica desde sus tiernos años, poseían aquellas murallas una aureola de majestad, y habitaba en su recinto un poder misterioso, el Estado, con el cual sin duda era ocioso luchar, un poder que exigía obediencia ciega, que á todas partes alcanzaba y dominaba á todos. El adolescente que por vez primera pisa las aulas experimenta algo parecido á lo que sentía Amparo.

Pudo tanto en ella este temor religioso, que apenas vió quién la recibía, ni quién la llevaba á su puesto en el taller. Casi temblaba al sentarse en la silla que la adjudicaron. En derredor suyo, las operarias alzaban la cabeza: ojos curiosos y benévolos se fijaban en la novicia. La maestra del partido estaba ya á su lado, entregándola con solicitud el tabaco, acomodando los chismes, explicándola detenidamente cómo había de arreglarse para empezar. Y Amparo, en un arranque de orgullo, atajaba las explicaciones con un "ya sé cómo," que la hizo blanco de las miradas. Sonrióse la maestra, y la dejó liar un puro, lo cual ejecutó con bastante soltura; pero al presentarlo acabado, la maestra lo tomó y oprimió entre el pulgar y el índice, desformándose el cigarro al punto.

—Lo que es saber, como lo material de saber

sabrás...—dijo alzando las cejas.—Pero si no despabilas más los dedos... y si no le das más hechurita... Que así, parece un espanta-pájaros.

—Bueno—murmuró la novicia confusa;—nadie nace aprendido.

—Con la práctica...—declaró la maestra sentenciosamente, mientras se preparaba á unir el ejemplo á la enseñanza.—Mira, así... á modito...

No valía apresurarse. Primero era preciso extender con sumo cuidado, encima de la tabla de liar, la envoltura exterior, la epidermis del cigarro, y cortarla con el cuchillo semicircular trazando una curva de quince milímetros de inclinación sobre el centro de la hoja para que ciñese exactamente el cigarro; y esta capa requería una hoja seca, ancha y fina, de lo más selecto, así como la dermis del cigarro, el *capillo*, ya la admitía de inferior calidad, lo propio que la tripa ó *cañizo*. Pero lo más esencial y difícil era rematar el puro, hacerle la punta con un hábil giro de la yema del pulgar y una espátula mojada en líquida goma, cercenándole después el rabo de un tijeretazo veloz. La punta aguda, el cuerpo algo oblongo, la capa liada en elegante espiral, la tripa no tan apretada que no deje aspirar el humo ni tan floja que el cigarro se arrugue al secarse, tales son las condiciones de una buena tagarnina. Amparo se obstinó todo el día en fabricarla, tardando muchísimo en elaborar algunas, cada vez más contrahechas y estropeando malamente la hoja. Sus vecinas de mesa la daban consejos officiosos; había diversidad de pareceres; las viejas

recomendaban que cortase la capa más ancha, porque sale el cigarro mejor formado, y porque "asi lo habían hecho ellas toda la vida"; y las jóvenes, que más estrecha, que se enrolla más pronto. Al salir de la Fábrica le dolía á Amparo la nuca, el espinazo, el pulpejo de los dedos.

Poco á poco fué habituándose y adquiriendo destreza. Lo peor era que la afligía la nostalgia de la calle, no acertando á hacerse á la prolija jornada de trabajo sedentario. Para Amparo la calle era la patria... el paraíso terrenal. La calle la brindaba mil distracciones, todas gratuitas. Nadie la impedía creer que eran suyos los lujosos escaparates de las tiendas, los tentadores de las confiterías, las redomas de color de las boticas, los pintorescos tinglados de la plaza; que para ella tocaban las murgas, los organillos, la música militar en los paseos, misas y serenatas; que por ella se revistaba la tropa y salía precedido de sus maceros con blancas pelucas el Excelentísimo Ayuntamiento. ¿Quién mejor que ella gozaba del aparato de las procesiones, del suelo sembrado de espadaña, del palio majestuoso, de los santos que se tambalean en las andas, de la Custodia cubierta de flores, de la hermosa Virgen con manto azul sembrado de lentejuelas? ¿Quién lograba ver más de cerca al capitán general portador del estandarte, á los señores que alumbraban, á los oficiales que marcaban el paso en cadencia? Pues, ¿y en Carnaval? Las mascaradas caprichosas, los confites arrojados de la calle á los balcones y vice versa, el entierro de la Sardi-

na, los cucuruchos de dulce de la Piñata, todo lo disfrutaba la hija de la calle. Si un personaje ilustre pasaba por Marineda, á Amparo pertenecía durante el tiempo de su residencia; á fuerza de empellones, la chiquilla se colocaba al lado del rey, del ministro, del hombre célebre; se arrimaba al estribo de su coche, respiraba su aliento, inventariaba sus dichos y hechos.

¡La calle! ¡Espectáculo siempre variado y nuevo, siempre concurrido, siempre abierto y franco! No había cosa más adecuada al temperamento de Amparo, tan amiga del ruido, de la concurrencia, tan bullanguera, meridional y extremosa, tan amante de lo que relumbra. Además, como sus pulmones estaban educados en la gimnasia del aire libre, se deja entender la opresión que experimentaron en los primeros tiempos de cautiverio en los talleres, donde la atmósfera estaba saturada del olor ingrato y herbáceo del Virginia humedecido y de la hoja medio verde—mezclado con las emanaciones de tanto cuerpo humano y con el fétido vaho de las letrinas próximas. Por otra parte, el aspecto de aquellas grandes salas de cigarros comunes era para entristecer el ánimo. Vastas estanterías de madera ennegrecida por el uso, colocadas en el centro de la estancia, parecían hileras de nichos. Entre las operarias alineadas á un lado y á otro, había sin duda algunos rostros juveniles y lindos; pero así como en una menestra se destaca la legumbre que más abunda, en tan enorme ensalada femenina no se dis-

tinguían al pronto sino greñas incultas, rostros arados por la vejez ó curtidos por el trabajo, manos nudosas como ramas de árbol seco.

El colorido de los semblantes, el de las ropas y el de la decoración se armonizaba y fundía en un tono general de madera y tierra, tono á la vez crudo y apagado, combinación del castaño mate de la hoja, del amarillo sucio de la vena, del dudoso matiz de los serones de esparto, de la problemática blancura de las enyesadas paredes y de los tintes sordos, mortecinos al par que discordantes, de los pañuelos de cotonía, las sayas de percal, los casacos de paño, los mantones de lana y los paraguas de algodón. Amparo se perecía por los colores vivos y fuertes, hasta el extremo de pasarse á veces una hora delante de algún escaparate contemplando una pieza de seda roja; así es que los primeros días el taller, con su colorido bajo, le infundía ganas de morir.

Pero no tardó en encariñarse con la Fábrica, en sentir ese orgullo y apego inexplicables que infunden la colectividad y la asociación: la fraternidad del trabajo. Fué conociendo los semblantes que la rodeaban, tomándose interés por algunas operarias, señaladamente por una madre y una hija que se sentaban á su lado. Medio ciega ya y muy temblona de manos, la madre no podía hacer más que niños, ó sea la envoltura del cigarro; la hija se encargaba de las puntas y del corte, y entre las dos mujeres despachaban bastante, siendo muy de notar la solicitud de la hija y el afecto

que se manifestaban las dos, sin hablarse, en mil pormenores,—en el modo de pasarse la goma, de enseñarse el mazo terminado y sujetoya con su faja de papel, de partir la moza la comida con su navaja y acercarla á los labios de la vieja.

Otra causa para que Amparo se reconciliase del todo con la Fábrica, fué el hallarse en cierto modo emancipada y fuera de la patria potestad desde su ingreso. Es verdad que daba á sus padres algo de las ganancias, pero reservándose buena parte; y como la labor era á destajo, en las yemas de los dedos tenía el medio de acrecentar sus rentas, sin que nadie pudiese averiguar si cobraba ocho ó cobraba diez. Desde el día de su entrada vestía el traje clásico de las cigarrras; el mantón, el pañuelo de seda para las solemnidades, la falda de percal planchada y de cola.

VII

PRELUDIOS

TARDÓ Chinto en aclimatarse; mucho tiempo pasó echando de menos la aldea. Dos cosas ayudaron á distraer su morriña: un amolador, que se situaba bajo los soportales de la calle de Embajadores, y el mar. Cuantos momentos tenía libres el labrieguito, dedicábalos á la contemplación de alguno de sus dos amores. No se cansaba de ver los altibajos de la pierna del amolador, el girar sin fin de la rueda, el rápido saltar de las chispas y arenitas al contacto del metal, ni de oír el ¡rssss! del hierro cuando el asperón lo mordía. Tampoco se hartaba de mirar al mar, encontrándolo siempre distinto: unas veces ataviado con traje azul claro, otras, al amanecer, semejante á estaño en fusión; por la tarde, al ocaso, parecido á oro líquido, y de noche, envuelto en túnica verde oscura listada de plata. ¡Y cuando entraban y salían las embarcaciones! Ya era un gallardo bergantín alzando sus dos palos y su cuadrado velamen; ya una graciosa goleta, con su cangreja desplegada, rozando las olas como una gaviota; ya un

paquete, con sus alas de espuma en los talones y su corona de humo en la frente; ya un fino laúd; ya un elegante esquife; sin contar las lanchas pescadoras, los pesados lanchones, los galeones panzudos, los botes que volaban al golpe acompasado de los remos... Si Chinto no fuese un animal, podría alegar en su abono que el Océano y el voltear de una rueda son imágenes apropiadas de lo infinito; pero Chinto no entendía de metafísicas.

Más adelante, al reparar en Amparo, se halló mejor en el pueblo. Si algo se burlaba de él la despabilada chiquilla, al fin era una muchacha, un rostro juvenil, una voz fresca y sonora. Entre el señor Rosendo y su triste laconismo; la tullida y su tiranía doméstica; Pepa la comadrona, que lo asustaba de puro gorda y lo crucificaba á chistes, ó Amparo, desde luego se declararon por ésta sus simpatías. Todas las tardes, con el cilindro de hoja de lata terciado al hombro, iba á buscarla á la salida de la Fábrica. Esperaba rodeado de madres que aguardaban á sus hijas, de niños que llevaban la comida á sus madres, de gente pobre, que rara vez hacía gasto de barquillos, como no fuese por la exorbitante cantidad de un ochavo ó un cuarto. No obstante, Chinto no faltaba un solo día á su puesto.

Algo variado en su exterior estaba el aprendiz. Patizambo como siempre, era en sus movimientos menos brutal. La vida ciudadana le había enseñado que un cuerpo humano no puede tomarse toda la calle por suya, y está obli-

gado á permitir que otros cuerpos transiten por donde él transita. Chinto dejaba, pues, más lugar; se recogía; no se balanceaba tanto. La blusa de cutí azul dibujaba sus recias espaldas, descubriendo cuello y manos morenas; ancho sombrero de detestable fieltro gris honraba su cabeza, monda y lironda ya por obra y gracia del barbero.

Una hermosa tarde estival aguardaba á Amparo muy ufano, porque en los bolsillos de la blusa le traía melocotones, adquiridos en la plaza con sus ahorros. Como un cuarto de hora llevaban de ir saliendo las operarias ya, y la hija del barquillero sin parecer. Gran animación á la puerta, donde se había establecido un mercadillo; no faltaba el puesto de cintas, dedales, hilos, alfileres y agujas; pero lo dominante era el marisco: cestas llenas de mejillones cocidos ya, esmaltados de negro y naranja; de erizos verdosos y cubiertos de púas; de percebes arracimados y correosos; de argentadas sardinas, y de mil menudos frutos de mar,—bocinas, lapas, almejas, calamares—que dejaban pender sus esparcidos tentáculos, como patas de arañas muertas. Semejante cuadro, cuyo fondo era un trozo de mar sereno, un muelle de piedras desiguales, una ribera peñascosa, tenía mucho de paisaje napolitano, completando la analogía los trajes y actitudes de los pescadores que no muy lejos tendían al sol redes para secarlas. De pié, en el umbral del patio, un ciego se mantenía inmóvil, muerta la cara, mal afeitadas las barbas que le azuleaban las mejillas,

lacio y en trova el grasiento pelo, tendiendo un sombrero abollado, donde llovían cuartos y mendrugos en abundancia.

Miraba Chinto á la bahía con la boca abierta, y cuando por fin salió Amparo, no la vió: ella en cambio, le divisó desde lejos, y veloz como una saeta, varió de rumbo, tomando por la insigne calle del Sol, que componen media docena de casas jibosas y dos tapias coronadas de hierba y alefes silvestres. Corrió hasta alcanzar el camino del Crucero, y dejándolo á un lado atravesó á la carretera y á la cuesta de San Hilario, donde refrenó el paso, creyéndose en salvo ya. ¡También era manía la del zopen-co aquél, de no dejarla ni á sol ni á sombra, y darle escolta todas las tardes! ¡Y como su compañía era tan divertida, y como él hablaba tan graciosamente, que no parece sino que tenía la boca llena de engrudo, según se le pegaban las palabras á la lengua! Así discurría Amparo, mientras bajaba hacia la puerta del Castillo, defendida todavía, como *in illo tempore*, por su puente levadizo y sus cadenas rechinantes.

Al propio tiempo subían unas señoras, con las cuales se cruzó la cigarrera. Iban casi en orden hierático; delante las niñas de corto, entre quienes descollaba Nisita, ya espigada, provista de una gran pelota; luego el grupo de las casaderas, Josefina García, Lola Sobrado, luciendo sus mantillas y sus colas recientes; los flancos de este pelotón los reforzaban Baltasar y Borrén, y como Baltasar no se había de poner al ladito de su hermana, tocábale ir cer-

ca de Josefina. Cerraban la marcha la viuda de García y Doña Dolores, ésta carilarga y erisipelatosa de cutis, la viuda sin tocas ni lutos, antes muy empavesada de colores alegres.

Los destellos del sol poniente, muriendo en las aguas de la bahía, alumbraron á un tiempo á Baltasar y á Amparo, haciendo que mutuamente se viesen y se mirasen. El mancebo, con su bigote blondo, su pelo rubio, su tez delicada y sanguínea, el brillo de sus galones que detenían los últimos fulgores del astro, parecía de oro; y la muchacha, morena, de rojos labios, con su pañuelo de seda carmesí, y las olas encendidas que servían de marco á su figura, semejaba hecha de fuego. Ambos se contemplaron un instante, instante muy largo, durante el cual se creyeron envueltos en la irradiación de una atmósfera de luz, calor y vida. Al dejar de contemplarse, fuese que el esplendor del ocaso es breve y se extingue luego, fuese por otras causas íntimas y psicológicas, imaginaron que sentían un hálito frío y que empezaba á anochecer. Oyóse la palabra ronca de Borrén el inaguantable.

—¿La has visto?

—¿A quién?—balbuceó el teniente Baltasar, que fingía considerar con suma atención la punta de sus botas, por no encontrarse con la ojeada investigadora de Josefina.

—¿A la chiquilla del barquillero... á la cigarrera?

—¿Cuál? ¿Era esa que pasaba?—contestó al fin aceptando la situación.

—Sí, hombre, esa... ¿Qué tal? ¿Tengo buen ojo?

—Yo también la conocí—pronunció Josefina, cuya voz de tiple ascendía al tono sobreagudo.

—A mí no me ha saludado...—añadió Borrén.

—No me conoció tal vez... y eso que yo la metí en la Granera... yo la recomendé. ¡Bien dije siempre que había de ser una chica preciosa! Lo que es de otra cosa no entenderé, hombre; pero de ese género... ¿Qué les pareció á Vds.?

—¿A mí?—murmuró Josefina entre dientes y con agresivo silbido de vocales. No me pregunte V., Borrén... Esas mujeres ordinarias me parecen todas iguales, cortadas por el mismo patrón. Morena... muy basta.

—¡Ave María, Josefina!—dijo escandalizada Lola Sobrado.—No tuviste tiempo de verla: es hermosa y reúne mucha gracia. Fíjate otra vez en ella...; si vuelve á pasar, te daré al codo.

—No te molestes... no merece la pena; es el tipo de una cocinera, como todas las de su especie.

Baltasar hallaba incómoda la conversación y buscaba un pretexto para cambiarla. Atravesaban por delante de un campo cubierto de hierba marchita, especie de landa estéril cercada por lienzos de muralla de las fortificaciones. Había allí una parada de borricos de alquiler, que aguardaban pacíficamente, con las orejas gachas, á sus acostumbrados parroquianos, mientras los burreros y espoliques, sentados en el malecón, jugaban con sus varas, departían amigablemente, y picando con la uña un cigarrero de á cuarto, abrumaban á ofrecimientos á los transeuntes.

—¿Un burro, señorito? ¿Un burro precioso? ¿Un burro mejor que los caballos? ¿Vamos á Aldeaparda? ¿Vamos á la Erbeda?

Acercóse Baltasar á las niñas de corto, y dijo á Nisita:

—¿Una vuelta por el campo?

A la chiquilla se le encandilaron los ojos, y, soltando la pelota, echó los brazos al teniente con sonrisa zalamera. Baltasar la aupó, colocándola sobre los lomos de un asnillo, que aún tenía puestas jamugas de dorados clavos. Y tomando la vara de manos del alquilador, comenzó á arrear... “¡Arre, burro! ¡arre! ¡arre! ¡arre!”

Amparo, al llegar á la entrada de las Filas, sintió detrás de sí una respiración anhelosa y como el trotar de una acosada alimaña montés, y casi al mismo tiempo emparejó con ella Chinto, sudoroso y jadeante. La perseguida se volvió desdeñosamente, fulminando al perseguidor una mirada de despide huéspedes.

—¿Para qué corres así, majadero?—dijole en desabrido tono.—¿Si creerás que me escapo? Cuidado que...

—Allí...—contestó él echando los bofes, tal era su sobrealiento...—allí... porque no te vinieses sin compañía... allí... porque no te vinieses sin compañía... allí... ¡yo me entretuve con el vapor de la Habana, que salía... más bonito, conchas! ¡humo que echaba! ¿Por dónde viniste que no te vi?

— Por donde me dió la gana, ¡repelo! Y ya te aviso que no me vuelvas á pudrir la sangre con tus compañías... ¿Soy yo aquí alguna niña pequeña? Anda á vender barquillos, que ahí en el paseo hay quien compre, y en la Fábrica maldito si sacas un real en toda la tarde...

VIII

LA CHICA VALE UN PERÚ

MAL que le pese á Josefina y á todas las señoritas de Marineda, las profecías de Borrén se han cumplido. No se equivoca un inteligente como él al calificar una obra maestra.

Sucede con la mujer lo que con las plantas. Mientras dura el invierno, todas nos parecen iguales; son troncos inertes; viene la savia de la primavera, las cubre de botones, de hojas, de flores, y entonces las admiramos. Pocos meses bastan para transformar al arbusto y á la mujer. Hay un instante crítico en que la belleza femenina toma consistencia, adquiere su carácter, cristaliza, por decirlo así. La metamorfosis es más impensada y pronta en el pueblo que en las demás clases sociales. Cuando llega la edad en que invenciblemente desea agradar la mujer, rompe su feo capullo, arroja la librea de la miseria y del trabajo, y se adorna y alinea por instinto.

El día en que "unos señores," dijeron á Amparo que era bonita, tuvo la andariega chiquilla conciencia de su sexo: hasta entonces había

sido un muchacho con sayas. Ni nadie la consideraba de otro modo: si algún granuja de la calle le recordó que formaba parte de la mitad más bella del género humano, hízolo medio á cachetes, y ella rechazó á puñadas, cuando no á coces y mordiscos, el bárbaro requiebro. Cosas todas que no le quitaban el sueño ni el apetito. Hacía su tocado en la forma sumaria que conocemos ya; correteaba por plazas, caminos y callejuelas; se metía con las señoritas que llevaban alguna moda desusada, remiraba escaparates, curioseaba ventaneros amoríos, y se acostaba rendida y sin un pensamiento malo.

Ahora... ¿quién le dijo á ella que el aseo y compostura que gastaba no eran suficientes? ¡Vaya V. á saber! El espejo no, porque ninguno tenfan en su casa. Sería un espejo interior, clarísimo, en que ven las mujeres su imagen propia y que jamás las engaña. Lo cierto es que Amparo, que seguía leyéndole al barbero periódicos progresistas, pidió el sueldo de la lectura en objetos de tocador. Y reunió un ajuar digno de la reina, á saber: un escaipidor de cuerno y una lendrera de boj; dos paquetes de horquillas, tomadas de orin; un bote de pomada de rosa; medio jabón *aux amandes amères*, con pelitos de la barba de los parroquianos, cortados y adheridos todavía; un frasco, casi vacío, de esencia de heno, y otras baratijas del mismo jaez. Amalgamando tales elementos logró Amparo desbastar su figura y sacarla á luz, descubriendo su verdadero color y forma, como se descubre la del tubérculo enterrado al

arrancarlo y lavarlo. Su piel trabó amistosas relaciones con el agua, y libre de la capa de polvo que atascaba sus poros finos, fué el cutis moreno más suave, sano y terso que imaginarse pueda. No era tostado, ni descolorido, ni encendido tampoco; de todo tenía, pero con su cuenta y razón, y allí donde convenía que lo tuviese. La mocedad, la sangre rica, el aire libre, las amorosas caricias del sol, habíanse dado la mano para crear la coloración magnífica de aquella tez plebeya. La lisura de ágata de la frente; el bermellón de los carnosos labios; el ámbar de la nuca; el rosa transparente del tabique de la nariz; el terciopelo castaño del lunar que travesea en la comisura de la boca; el vello áureo que descende entre la mejilla y la oreja y vuelve á aparecer, más apretado y obscuro, en el labio superior, como leve sombra al difumino, cosas eran para tentar á un colorista á que cogiese el pincel é intentase copiarlas. Gracias sin duda á la pomada, el pelo no se quedó atrás y también se mostró cual Dios lo hizo, negro, crespo, brillante. Sólo dos accesorios del rostro no mejoraron, tal vez porque eran inmejorables: ojos y dientes, el complemento indispensable de lo que se llama un *tipo moreno*. Tenía Amparo por ojos dos globos, en que el azulado de la córnea, bañado siempre en un líquido puro, hacía resaltar el negror del ancha pupila, mal velada por cortas y espesas pestañas. En cuanto á los dientes, servidos por un estómago que no conocía la gastralgia, parecían treinta y dos grumos de cuajada leche,

graciosísimamente desiguales y algo puntiagudos como los de un perro cachorro.

Observábanse, no obstante, en tan gallardo ejemplar femenino rasgos reveladores de su extracción: la frente era corta, un tanto arre-mangada la nariz, largos los colmillos, el cabello recio al tacto, la mirada directa, los tobillos y muñecas no muy delgados. Su mismo hermoso cutis estaba predestinado á inyectarse, como el del señor Rosendo, que allá en la fuerza de la edad había sido, al decir de las vecinas y de su mujer, guapo mozo. Pero, ¿quién piensa en el invierno al ver el arbusto florido? Si Baltasar no rondó desde luego las inmediaciones de la Fábrica, fué que destinaron á Borrén por algún tiempo á Ciudad Real, y temió aburrirse yendo solo.

IX

LA GLORIOSA

OCURRIÓ poco después en España un suceso que entretuvo á la nación siete años cabales, y aún la está entreteniéndole de rechazo y en sus consecuencias, á saber: que en vez de los pronunciamientos chicos acostumbrados, se realizó otro muy grande, llamado Revolución de Septiembre de 1868.

Quedóse España al pronto sin saber lo que le pasaba y como quien ve visiones. No era para menos. ¡Un pronunciamiento de veras, que derrocaba la dinastía! Por fin el país había hecho una hombrada, ó se la daban hecha: mejor que mejor para un pueblo meridional. De todo se encargaban marina, ejército, progresistas y unionistas. González Brabo y la Reina estaban ya en Francia, cuando aún ignoraba la inmensa mayoría de los españoles si era el ministerio ó los Borbones quienes caían "para siempre", según rezaban los famosos letreros de Madrid. No obstante, en breve se persuadió la nación de que